



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósi-
to que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de Perlado, Páez y C.^a, Quintana, 33.

AMOR DE AMAR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid,
el 24 de febrero de 1902.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA MARQUESA ROSALIN- DA.....	SRA. PINO.
LA MARQUESA CELIA....	SRTA. CATALÁ.
RISELA.....	» BREMÓN.
EL MARQUÉS OCTAVIO..	SR. MORANO.
EL CAPITÁN RODRIGO...	» TALLAVÍ.
LAURO.....	» LÓPEZ ALONSO.
MEDÓRO.....	» CASTRO.
PEDRO.....	» BELDA.

La acción en Francia. — Siglo XVIII.

AMOR DE AMAR

ACTO PRIMERO

Sala en una casa de campo. Una estatua del Amor.

ESCENA I

RISELA y PEDRO

PEDRO

Perdonad, graciosa Risela, si mis palabras os han ofendido; por nada del mundo quisiera yo disgustar a la camarista preferida de mi señora.

RISELA

¿Ofenderme? No. Vuestras palabras muestran que sois un rústico sin crianza. ¡Suponer que la Marquesa sólo acude a pasar unos días a esta casa de campo cuando quiere deshacerse de un amante!

PEDRO

Yo digo... lo que dicen.

RISELA

¡Lo que dicen! ¿Quién lo dice? La gente del pueblo. Es graciosa la pretensión de estos campesinos. ¡Suponer que en París las costumbres son depravadas, y que sólo

en el campo existe la virtud! Pues yo sé, por lo que he observado, que, como suele decirse, en el aldehuela más mal hay del que suena; que son pocas las aldeanas sencillas que dejan pasar entre boda y bautizo el tiempo necesario para que la gente no murmure; que hay en el pueblo maridos tan bienaventurados como los de París, y que hasta el señor cura tiene la casa parroquial con más angelitos que retablo de la Ascensión. Conque dejaos de malicias a lo villano y piense mejor de su señora y también de su doncella... para servirle.

PEDRO

¿Pero no es cierto que la Marquesa vuelve a casarse y que son muchos los enamorados que la pretenden?

RISELA

¡Habladurías! En vida de su esposo pasaban de veinte sus adoradores, y no hubo día que no saliera yo por diez escudos; pero la muerte del Marqués los ahuyentó como por encanto, y hoy no tengo más gajes que mi salario, y algunos regalos que agradezco a la generosidad de mi señora. El motivo, si queréis saberlo, de que la Marquesa haya decidido pasar esta primavera en el campo, no es otro que el hallar descanso después de su luto, un luto riguroso que ha dejado fama en París. La vuelta a la vida agitada de la corte ha quebrantado su salud. Vió, con alarma, que sus mejillas perdían color, brillantez su mirada. Consultó con su médico, que la recetó una temporada de reposo en el campo... y... Oigo ladrar al perro en el jardín. Ved quién ha llegado.

PEDRO

Es que andará por allí el negrito, y los perros le ladran en cuanto le ven. ¡También es gusto de la señora hacerse servir por semejante carátula!

RISELA

No hay dama de calidad en París que no tenga a su servicio un negro, desde que madame du Barry se acompañe en todas partes de su Medoro. Pero no es el morito el que anda por el jardín.

PEDRO

Es el señor Lauro, nuestro vecino.

RISELA

¡Ah! El filósofo. Vendrá a ofrecer sus respetos a la Marquesa. Hacedle pasar. Yo avisaré a mi señora. *(Sale Risela.)*

ESCENA II

PEDRO, LAURO y después RISELA

PEDRO

Pasad, señor Lauro.

LAURO

Que no se turbe su reposo. Decid que mi deseo es solamente informarme de su salud, y que volveré en ocasión más oportuna a ofrecer mis respetos.

PEDRO

Mi señora está levantada desde muy temprano; tendrá mucho gusto en veros. En fin, aquí llega su doncella, que podrá deciros mejor que yo...

RISELA

Señor Lauro, para serviros. Mi señora os suplica que aguardéis un instante.

LAURO

¡Si yo no pretendía verla!... Apenas ha llegado de París y bien sé que no es ocasión para una visita. Le diréis de mi parte que yo volveré más despacio...

RISELA

Será un disgusto para mi señora. Ya está consentida en veros.

LAURO

Si es así...

RISELA

Toda la mañana pasea por el jardín y por la huerta; se entretuvo en el palomar. Figuraos que ayer se nos murió la hembra del mejor palomo, y hoy le han traído otra lo más parecida posible a su compañera. Mi señora quería ver cómo la recibiría.

LAURO

¿Y qué tal?

RISELA

Pues la emprendió a picotazos con ella y con todas las hembras del palomar; ¡y exhala unos arrullos tan quejumbrosos!... ¡No harían otro tanto muchas personas!

LAURO

De seguro. El hombre tiene mucho que aprender de los animales.

RISELA

Mi señora está conmovida, y desde hoy ese palomo será otro de sus animales favoritos. Tendremos un cuidado más, como si fuera poco la cacatúa y el mico.

LAURO

¿La Marquesa es amante de los animales? ¡Es natural! Su corazón, desengañado de los afectos humanos, como el mío, no puede prescindir de amar, y, por distinta senda, los dos buscamos expansión a este desbordamiento de nuestro espíritu. Pero ella, ¡al fin mujer!, desciende en la escala de los seres, necesita de la animalidad viviente para mantener el fervor de su corazón amante; yo, en cambio, asciendo cada día más a lo inmaterial, a lo inefable, y espero llegar muy pronto a no saber de mí, a perderme a mí mismo, confundido en el todo. ¿Qué hubiera sido de mí sin la filosofía?

RISELA

¿De vuestra mujer no habéis vuelto a tener noticias?

LAURO

¡Calla, calla! No la nombres, no la recuerdes, porque descendiendo de golpe al grado infinito de la animalidad.

RISELA

¡También fué partida! ¡A los seis meses de matrimonio escaparse con otro!

LAURO

No fué con otro. Fué con el de siempre.

RISELA

¿Y se había casado enamorada de vos?

LAURO

Sin duda. Yo estoy bien acomodado, pero ella era más rica que yo; soy joven, pero no soy apuesto, y siempre fué descuidado en el vestir; entonces tampoco había yo cultivado mi inteligencia, no sabía lo que sé ahora, no había nada en mí que pudiera hacer interesada su elec-

ción. Tú, que eres mujer, podrás explicarme: si no había en mí ningún mérito, ¿por qué se casó conmigo si no fué por amor!

RISELA

Es verdad. ¿No tenéis el remordimiento de no haber correspondido a las ilusiones que toda mujer aporta al matrimonio?

LAURO

Ninguno. Dime ahora si yo puedo volver a amar en mi vida, si queda para mí otro refugio que el estudio y la filosofía.

RISELA

¿Filosofía? ¡No me digáis! Filosofía la de monsieur du Barry, el marido de la favorita, que hoy es el verdadero rey de Francia. ¿Sabéis el título de la última ópera que se representó en su palacio?...

LAURO

Lo sé. *El cuerno de la abundancia.*

RISELA

Y un chusco dijo que hubiera estado mejor al contrario. La abundancia de...

LAURO

Cierto.

RISELA

París se desquita con burlas de sus tiranos.

LAURO

¡Pobres de los tiranos el día que en París se agote el ingenio!

ESCENA III

DICHOS, ROSALINDA y MEDORO, que trae un palomo.

ROSALINDA

Amigo Lauro...

LAURO

Marquesa...

ROSALINDA

Vengo encantada. No hay duda: es preciso acercarse a la Naturaleza para hallar la verdad en los sentimientos. ¡Qué raro ejemplo de fidelidad! Ved un palomo, un viudo inconsolable. Corre, Medoro, ponle una cinta negra al cuello y suéltale en el jardín, que lllore allí a sus anchas. ¿No sabéis?... Él mismo finge el arrullo de su compañera y él solo se pregunta y se contesta amores. ¡Qué noble animal! Me ha conmovido. Cuida de que nada le falte; encierra al mono en la jaula, no vaya a hacerle daño, y a la cacatúa átale corto la cadena; ya sabes lo envidiosos que son esos bichos. ¡Parecen personas!

MEDORO

¡Pobre tití! Ya sabéis cómo rabia cuando le encierran. Luego me araña.

ROSALINDA

Pues cuida no haga daño al palomo.

RISELA

Obedece, Medoro. Hoy priva el viudo inconsolable. Mañana... el viento dirá

MEDORO

¡Ay, me ha picado! *(Salen Risela y Medoro.)*

ESCENA IV

ROSALINDA y LAURO

ROSALINDA

¡Qué fidelidad! Sólo conozco otra semejante: la vuestra, y al fin no es tan meritoria.

LAURO

En mí no es fidelidad, es escarmiento: el del gato escaldado.

ROSALINDA

Pero, en fin, otro hubiera buscado el olvido en amores fáciles. Sé de muchos que, en vuestro caso, han pretendido después vengarse con otros maridos, como si el mal de muchos disminuyera en algo el propio. Yo pienso lo contrario: que debe estimarse en todo la rareza, y que si hubiera un solo marido engañado en el mundo, sería cosa admirable de que todos hablaríamos, sin faltar quien le compadeciera; pero siendo en tan gran abundancia, no es posible consagrar atención a cada uno para estudiar su caso particular y compadecerle, como se debe, si es digno de lástima. ¿No digo bien, querido amigo?

LAURO

Discurrís de un modo admirable. Departir con vos es mi único consuelo viviente.

ROSALINDA

¿De veras? Yo también siento por vos gran simpatía. No sois de los que, al padecer una desgracia injusta, adquieren experiencia a costa de la bondad.

LAURO

De ningún modo. Porque una mujer hiciera traición a mi cariño, no creeré nunca que no debe amarse a ninguna. Sé que hay mujeres dignas de ser amadas, como yo soy capaz de amar. Pero no es de ellas de quien desconfío, es de mí. ¿No seré yo el indigno de ser amado? ¿No habré sido yo la causa del engaño primero y volvería a serlo de otro? El amor propio, herido, sabe decir muy pronto: ¡Esa mujer me ha engañado! ¿Por qué no decir: Esa mujer se ha engañado? Yo estoy seguro de que mi esposa me ha querido, creyó quererme siempre...

ROSALINDA

¿Por qué no? Una mujer no deja de querer a su marido porque le engañe. Al contrario. ¿No habéis experimentado nunca la simpatía que se siente por una persona cualquiera, de quien sabemos algo venturoso o desgraciado antes de que ella misma lo sepa? La seguridad de tener un momento pendiente de nuestras palabras la tristeza o la alegría de esa persona, nos da ante ella cierta majestad de dioses superiores al destino. Pues esa es la actitud de una mujer ante su marido engañado, de simpatía protectora, porque sabe algo de que él no tiene la menor noticia y se siente superior a él... El verdadero momento en que una mujer deja de querer a su marido no es cuando se decide a engañarlo, sino cuando él se entera del engaño, porque destruye el encanto de engañarle. Pero no vayáis a creer que yo sé de estas cosas por experiencia propia. Las amigas..., los libros..., leo, converso..., medito a solas... Vos, como filósofo, comprenderéis qué poco sabría una mujer si sólo supiera de lo que ha pasado en su vida; la imaginación es nuestra vida, y la verdadera historia de las mujeres no se escribirá nunca con sus hechos, sino con lo que hemos dejado de hacer.

LAURO

¡Ah, Marquesa! Sois la única mujer por quien comprendo un afecto inteligente, digno de un filósofo, el intelecto de amor de que habla el poeta italiano.

ROSALINDA

¿Y qué viene a ser eso? Si queréis explicarlo...

LAURO

El amor, amor; el amor vulgar que apetece y desea, ciega el entendimiento; el entendimiento sin amor, en cambio, seca el corazón; sólo es completa ciencia de la vida la que entiende y ama. ¿Veis a un ser indigno de amor en su apariencia miserable? No apartéis de él los ojos, no le huyáis; consideradle atento; estudiadle, entendedle; la luz con que lucháis contra las sombras será al mismo tiempo calor contra la frialdad. Lo que logra el sabio, al consagrar su estudio a la materia inerte, a un montón de pedruscos acaso, amarlos por amar a la ciencia, ¿no ha de lograrlo el alma si quiere saber de almas? Y sabiendo de ellas, ¡qué semejantes todas! ¡Cómo se calla en unas lo que habla en otras! ¡Cómo habla en otras lo que existe callado en la nuestra! ¡Pero todas iguales, todas humanas! ¡Todas dignas de amor si las amamos con entendimiento!

ROSALINDA

¡Bien dicen que no hay cosa como la sabiduría! Eso mismo que tan bien me habéis explicado, ha sido siempre mi modo de entender el amor. Pero ved: yo misma, y cuantos conocen mi modo de ser, lo atribuíamos a falta de entendimiento, y en París pasaba yo por loca o por coqueta. Y ya lo veis, no hay tal locura ni tal coquetería; ahora lo comprendo, ahora veo claro en mí; era... lo que decís: intelecto de amor. ¿No es eso? Porque es el

caso, mi querido filósofo, que yo encuentro siempre motivo para querer a todo el mundo. La admiración o la piedad, la conformidad de carácter conmigo o la mayor oposición, todo despierta en mí un sentimiento que, empezando por curiosidad, concluye siempre en inquietud de amor. Si considero a un héroe, a un genio excelso, siento impulsos de levantar mi espíritu hacia el suyo con elevada aspiración; si considero a un ser miserable, despreciado por todos, pienso que mi cariño sería capaz de dignificarle y de redimirle. Por el mismo demonio sería yo capaz de condenarme, y, como Eloa, el ángel todo amor de piadosa leyenda, perdería el cielo por compasión amorosa hacia Luzbel. Esa es la triste historia de mi corazón, su dolencia incurable, lo que me hace pasar por loca y por coqueta ante los muchos adoradores que se disputan mi cariño, pretendiendo cada uno ser el solo preferido entre todos. Y yo no sé preferir; el que me parece un momento más indigno de amor, me inspira tanta lástima por lo mismo que, sin darme cuenta, me doy a quererle con toda mi alma. Y así vivo, sin amor de nadie, porque nadie comprende mi amor..., que es amor de amar.

LAURO

¡Amor sublime! ¡Único digno de un espíritu racional, sin egoísmo, sin celos! ¡Ah! ¡Si me permitierais compartir con vos esa universal comprensión, si nos uniéramos para amarlo todo!...

ROSALINDA

Os advierto que para eso me basto yo sola. Pero, en fin, como nuestra vecindad ha de acercarnos con frecuencia, cursaremos juntos lo que llamáis filosofía de amor. ¿No faltaréis desde esta noche a nuestra partida de ajedrez?

LAURO

No faltaré una sola noche.

ESCENA V

DICHOS y RISELA

RISELA

Señora... Vuestro primo, el capitán Rodrigo, desea ofreceros sus respetos.

LAURO

¿Cómo? ¡Ese bárbaro!... ¿Es pariente vuestro ese matamoros, ese soldadote grosero?... ¿Y vais a recibirle? Os advierto que en el poco tiempo que lleva aquí se ha hecho aborrible a todos.

ROSALINDA

¡Pobre! Lo mismo que en París. Yo estaba presente en la sala de juego de Su Majestad, cuando el Rey en persona le indicó la conveniencia de trasladarse aquí a instruir reclutas. Figuraos que, admitido por señalado favor a la mesa de juego de Su Majestad, se permitió descubrir las trampas que allí están admitidas de común acuerdo. ¿Qué os parece la inconveniencia? ¿No tiene bien ganado su destierro? Que pase, Risela. *(Sale Risela.)*

LAURO

No quisiera dejaros a solas con él.

ROSALINDA

¿Olvidáis los principios de nuestra filosofía? ¿Creéis que el capitán no merece ser estudiado y que no habrá algo en él que merezca un poco de simpatía? Por lo pronto, su figura: es un arrogante soldado.

LAURO

No, Marquesa; ese bruto no merece vuestra atención, y mucho menos vuestro cariño.

ROSALINDA

Estoy pensando que eso mismo, salvo el calificativo, me diría él de vos si yo le dijera que os amaba.

LAURO

¡Ah! ¿Me comparáis con él?

ROSALINDA

Mal empezáis vuestro estudio. Después discutiremos más despacio. Hasta la noche, amigo Lauro.

LAURO

Hasta la noche. *(Sale Lauro.)*

ESCENA VI

ROSALINDA, RODRIGO y RISELA

RISELA

(Muy sofocada.) Señora... El capitán...

RODRIGO

¡Querida prima!

ROSALINDA

Leo en la cara de Risela que te has permitido alguna libertad al entrar...

RODRIGO

¡Bah! Un abrazo, un saludo...

ROSALINDA

Algo brutal.

RISELA

¡Ya lo creo! Me habéis hecho daño, y además es un atrevimiento... *(Sale Risela.)*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

RODRIGO

¡Qué diablo! Llevo un mes en esta población instruyendo reclutas... y lugareñas...

ROSALINDA

¿Instrucción militar también?

RODRIGO

Todo es preparar soldados para la patria.

ROSALINDA

Suprime las atrocidades de cuerpo de guardia.

RODRIGO

¿Y qué ventolera te ha traído a estos lugares? ¿Te ha desterrado Su Majestad como a mí? ¿Quieres ayudarme a instruir reclutas?

ROSALINDA

¡Pero qué bruto eres! Un joven de noble familia como tú, con influencia en la corte; de excelente figura, aunque no lo parece, por lo desaliñado y desgarradote que eres; de buen corazón, aunque tampoco lo parece, por lo impetuoso y groserote...

RODRIGO

¿De qué me sirve todo eso? Nadie me quiere. Ni mi familia, ni mis compañeros... ¿Y por qué? Porque no sé fingir, porque soy muy franco.

ROSALINDA

Mira, primo: de la franqueza a la grosería no hay más que un paso, y ese paso es un pisotón. Procura educarte.

RODRIGO

¿Cómo? ¿Yo solo? Si soy un bruto, ¿cómo voy a edu-

carme a mí mismo? Nadie se interesa por mí. ¿Te parece buen remedio a mi rusticidad desterrarme de la corte para traerme entre gente inculta? ¿Qué maneras voy a aprender aquí? Volveré más zafio todavía, y la primera vez que me presente en la corte, si antes descubrí a Su Majestad las trampas del juego, ahora le descubriré... ¡qué sé yo!... las de su favorita.

ROSALINDA

¡Tendría gracia! Pero es preciso que pongas algo de tu parte. Cultiva tu espíritu de alguna manera. Lee. Yo te prestaré libros agradables de fácil lectura.

RODRIGO

Me duermo. Como no sea cosa de mucha risa y de mucho...

ROSALINDA

Sí, sí; comprendo.

RODRIGO

Yo no tengo en mi cuarto más que un libro que trata de las diferentes posiciones...

ROSALINDA

¡Primo!

RODRIGO

¡No te asustes! No me has dejado concluir. De las diferentes posiciones de un ejército beligerante. Es un libro de táctica.

ROSALINDA

Sí que me habías asustado.

RODRIGO

¿Lo ves? Es que todo el mundo cree que yo no puedo

decir más que barbaridades, y no me agradecen las que me callo.

ROSALINDA

Yo sí, yo sí te las agradezco.

RODRIGO

¿Y qué sucede por París? ¿Te has divertido este Carnaval?

ROSALINDA

He procurado divertirme, y sólo he conseguido cansarme y arruinar mi salud. Figúrate: bailes, cenas, representaciones de óperas y de pastorales, fiestas a la veneciana, a la española, a lo morisco...

RODRIGO

Se te conoce el trajín. Has perdido carnes.

ROSALINDA

¡Rodrigo!

RODRIGO

¿Tampoco está bien decir eso? Me callo para toda la vida.

ROSALINDA

Piensa, antes de hablar, en lo que vas a decir.

RODRIGO

Si lo pienso es peor, ¡porque pienso cada cosa!... Pues si yo dijera todo lo que pienso, entonces sí que no me admitirían en ninguna parte. Por supuesto, yo creo que eso le sucedería a todo el mundo. El toque está en que uno piense una cosa y se diga: «Ésta es para callada, o ésta es para dicha», y saber escoger; y eso es lo que me falta a mí: saber escoger. De seguro que a lo mejor pensaré algo bonito, y eso es lo que me callo. Porque ten la

seguridad de que todos pensamos algo que está bien y todos pensamos algo que está mal. ¡Quisiera yo saber lo que tú piensas algunas veces!

ROSALINDA

Todo lo que yo pienso puede saberse y decirse muy alto.

RODRIGO

¿A que no? Yo creo que, poco más o menos, las mujeres, cuando veáis a un hombre que os sea agradable, pensaréis lo que pensamos los hombres cuando nos gusta una mujer. ¿Y en qué va a pensar uno? ¿No es verdad?

ROSALINDA

Te has propuesto que tampoco vuelva a recibirme en mi casa. Yo, que siempre he sentido por ti gran simpatía, por lo mismo que nadie te quiere, que nadie estima el buen fondo que hay en ti; yo, que hubiera emprendido de buena gana tu educación...

RODRIGO

¿De veras? ¿No te burlas de mí? ¡Ay, prima, prima; no te arrepientas! ¿Es verdad eso? ¿Has pensado eso? Yo te juro que, delante de ti, no volveré a decir una palabra; estaré callado, callado siempre, como un chico de escuela, aprendiendo de ti todo lo que tú digas, todo lo que tú quieras. Creen todos, porque me ven así, que nada me importa, que estoy alegre con vivir a mi modo, que me complazco en ser un bruto; pues no es verdad. Muchas veces me desespero y me doy de puñetazos yo mismo, porque yo no quisiera ser así; muchas veces, por ejemplo, he sentido verdadera amistad por un camarada, y sin querer, por estas barbaridades mías, le ofendía en algo, y perdía el amigo y las ganas de tener otro; y con las mujeres no se diga: soy muy desgraciado; ninguna

cree en mi cariño, y es porque, la verdad, yo lo conozco, tengo un modo de querer que no lo parece. ¡Si te digo que me he dado de puñetazos muchas veces y... hasta he llorado! Sí, una vez lloré y todo... ¡Ya ves tú lo que yo daría por que tú me educaras!

ROSALINDA

¡Pobre Rodrigo! (*Pausa.*) ¿Sabes jugar al ajedrez?

RODRIGO

Desde una vez que rompí el tablero en la cabeza de un camarada, no he vuelto a jugar.

ROSALINDA

Se comprende. Te lo pregunto para invitarte a pasar aquí la velada cuando tus deberes militares lo permitan. Juguemos al ajedrez.

RODRIGO

¿Estarás tú sola?

ROSALINDA

De ningún modo. Vendrá también algún otro amigo.

RODRIGO

¿Amigo?...

ROSALINDA

El señor Lauro, persona excelente, de espíritu cultísimo, de cuya amistad lograrás seguramente gran provecho.

RODRIGO

¿El señor Lauro? ¿Una especie de buho que pasea siempre con un libro bajo el brazo? Días ha le di un susto mayúsculo. Paseaba cerca del campo de instrucción, y ordené a mis reclutas que dispararan sobre él.

ROSALINDA

¿Hiciste eso?

RODRIGO

Con pólvora sola. No vayas a creer que soy tan bruto.

ROSALINDA

No, ya puesto... Comprendo que no hayas conquistado su estimación.

RODRIGO

¡Ah! ¿Te ha hablado de mí? Dirá que soy un salvaje, naturalmente.

ROSALINDA

Con ese modo que tienes de darte a conocer...

RODRIGO

Pero no podrá decir que estoy en ridículo como él; que me ha engañado mi mujer, escapándose con otro en mis narices.

ROSALINDA

¿Tú qué sabes lo que podrá sucederte? Y te advierto que es de pésimo gusto aludir a ese asunto. De maridos engañados y de edades no se habla nunca en sociedad. El señor Lauro es un hombre superior a esas ruindades de la vida.

RODRIGO

De todos modos, siento encontrarle aquí. Ya no podremos hablar con libertad, como ahora. ¡Si tú supieras!... ¡Hoy ha sido el día más feliz de mi vida!

ROSALINDA

¿Es verdad? ¡Pobre Rodrigo!

RODRIGO

Ya lo ves. Cuando menos lo esperaba supe esta mañana que habíais llegado anoche de París; estaba aburrido en mi alojamiento, y me dije: «¡Vaya!, saludaremos a mi primita, no diga que soy mal criado; una visita corta, y hemos cumplido.» Y vengo aquí, entro...

ROSALINDA

Abrazando a la criada...

RODRIGO

Y ahora saldría abrazándote a ti... si tú lo permitieras.

ROSALINDA

Un abrazo, no. Un beso a lo cortesano. Así, no; con más gracia esa reverencia. ¿No has reparado nunca en el duque de Richelieu? ¿No te has propuesto un modelo en la corte?

RODRIGO

¡Yo no sé de esas cosas! Yo no quiero más modelo ni más maestro que tú, y déjame de reverencias y de besar la mano... ¡Toma un abrazo! Así. ¡Otro!...

ROSALINDA

¡Suelta, suelta! (*Entra Risela.*)

RISELA

Señora... ¡Ay! ¿Se puede?

ROSALINDA

¡Adelante, adelante!

RISELA

¿Os ha hecho daño como a mí?

ROSALINDA

No; era de broma.

RISELA

Un cazador de la marquesa Celia anuncia que su señora no tardará en llegar a visitaros.

ROSALINDA

¡Celia! ¡Qué alegría! ¡Pronto, disponed algún agasajo: fresas a la crema, confituras, café!... (*Risela sale y se vuelve poco antes de concluir la escena.*)

RODRIGO

Veo que no estás muy sola en el campo.

ROSALINDA

¡Es extraño! Porque mi deseo es descansar de la vida agitada de París, y a nadie anuncié mi partida; sólo a veinte o treinta personas de mi intimidad, que prometieron visitarme algún día.

RODRIGO

¡Diablo! La hora de la instrucción y a media legua del campamento. A tu lado se para el sol, como Josué...

ROSALINDA

¿Qué dices?

RODRIGO

Bueno, quiero decir que tú eres Josué... Vamos, que a tu lado no pasan las horas..., es decir, pasan sin sentir... ¿Lo ves? Para una vez que voy a decir un madrigal, lo confundo todo. ¿Habré dicho alguna barbaridad?

ROSALINDA

No; como ensayo está bien. No desconfíes tanto de ti mismo. Hasta la noche.

RODRIGO

Hasta la noche. Después de retreta estoy aquí. Hoy acuesto al batallón dos horas antes. *(Sale.)*

ESCENA VII

ROSALINDA y RISELA

RISELA

¿Y venfais al campo a descansar?... ¡Buena jaqueca os habrá levantado!

ROSALINDA

¿Quién? ¿Mi primo? No... ¡Pobre muchacho!

RISELA

¿No os ha dicho mil inconveniencias?

ROSALINDA

Bien puede perdonársele. Su corazón es sano y franco su lenguaje. No se debe juzgar de nadie por las apariencias.

RISELA

¡Ya! *(Pausa.)* ¿Y el señor Lauro? De ése sí que no habéis escapado. Os ha repetido una vez más sus desdichas conyugales. ¿Qué había de sucederle? Es un hombre insufrible: toda su vida está ordenada y prevista con rigurosos métodos. Sus criados me lo han contado. La infeliz de su mujer había de ser como una máquina más de reloj en la casa, y figuraos que el marido sólo daba cuerda a los relojes una vez por semana. ¿No había de escapársele?

ROSALINDA

Reprime esas libertades en tu lenguaje. El señor Lauro es un alma noble, digno en todo de estimación.

RISELA

¿De modo que el señor Lauro y vuestro primo el capitán, lejos de aburriros como yo temía, os han encantado?

ROSALINDA

La triste situación de los dos, cada uno por su estilo, ha despertado en mí la mayor simpatía. Esta noche vendrán a jugar al ajedrez.

RISELA

¿Los dos? ¿Y jugaréis dos contra uno! Es juego muy difícil de llevar. A no ser que haya un mirón, papel muy desairado.

ROSALINDA

¿Y quién ha dicho que se juegue? Ese es el pretexto... Pero yo cantaré o se hablará, o... y ¿quién sabe todavía si estaremos los tres solos?

RISELA

No, con vuestro sistema. Es probable que vuestro primo traiga a todo su batallón.

ROSALINDA

¡Risela!

RISELA

¡Pobres reclutas! Su historia será tan interesante... Arrancados de sus hogares, alejados de los suyos...

ROSALINDA

¿Te burlas de mí? Pues mira, sí que me da compasión

esos pobrecitos, y he de enviar a mi primo, para que los obsequie, del mejor vino de mi bodega.

RISELA

Tenéis un gran corazón, señora mía; pero temo que os ha de causar muchas desdichas.

ROSALINDA

No las temo. Mira: el Amor, como en altar pagano, preside esta morada, y él me protegerá. Es un dios...

RISELA

¡Ay! ¿Es un niño?... Por eso me asusta.

ROSALINDA

¿Quién grita? ¿Oyes?

RISELA

Es Medoro, el negrito.

ESCENA VIII

DICHOS y MEDORO, llorando.

MEDORO

¡Mi señora, señora mía!

ROSALINDA

¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa?

MEDORO

Me ha pegado Pedro; se burla de mí, del pobre Medoro; señora, mandad que no me pegue; yo no haré nada malo; jugaba en el jardín con el mono...

ROSALINDA

No llores. Yo castigaré a ese truhán. Risela, llámale...

RISELA

Os advierto que no debéis hacer caso de este buena pieza. Conozco sus marañas; habrá hecho alguna trastada y toma el partido de quejarse antes de que nadie se queje. Es un embustero.

MEDORO

No soy embustero; soy bueno, señora; es que tienen envidia a Medoro porque mi señora le quiere...

RISELA

¡Calla, pícaro; tú sí que...!

ROSALINDA

Basta, Risela. No quiero que nadie le maltrate. ¡Pobre criatura! Su suerte es muy triste: entre gente que no es de su raza, que le mira con horror o con burla...

MEDORO

¡Pobre Medoro!

ROSALINDA

¡Qué será de él en el mundo! Condenado a vivir sin cariño..., ¿qué mujer podrá amarle?

MEDORO

¡Pobre Medoro!

ROSALINDA

¡Cuando lo pienso!... Figúrate que algún día te vieras cautiva entre negros.

RISELA

No digáis: les parecería muy aceptable; pero éste aun entre los suyos debe parecer horrible.

ROSALINDA

No hables así... ¡Vaya, no llores!

MEDORO

Mi señora es muy buena, es una reina muy buena, la reina más hermosa del mundo. Medoro subiría al cielo por una corona de estrellas de oro para su señora hermosa, más hermosa que el cielo.

ROSALINDA

Tu señora no te abandonará nunca.

RISELA

¿Sabes jugar al ajedrez, Medoro?

ROSALINDA

Risela, basta de burlas.

RISELA

Señora, no os enojéis conmigo; no sea yo, por mujer, la única que caiga en vuestra desgracia.

ESCENA IX

DICHAS y la MARQUESA CELIA

CELIA

(*Dentro.*) ¡Rosalinda! ¡Rosalinda!

RISELA

La marquesa Celia...

ROSALINDA

Retiraos. ¡Querida amiga!

CELIA

¡Rosalinda del alma!

ROSALINDA

¡Cuánto agradezco tu visita en esta soledad!

CELIA

No es de agradecer; vengo a implorar tu protección.

ROSALINDA

¿Qué te ocurre? ¡Me asustas!

CELIA

No sé cómo vengo, ni cómo me he vestido. ¡Soy la mujer más desgraciada!... ¿Ves esta amazona? No es mía, es de Gabriela; me vestí en su casa; vengo desde allí huyendo... Gracias a que las dos tenemos el mismo cuerpo. ¿Me está bien?

ROSALINDA

¡Admirable! Y la caminata te ha sentado muy bien. ¡Tienes unos colores!...

CELIA

Naturales.

ROSALINDA

¡Oh! Ya se nota; el carmín no engaña de día. Pero dime...

CELIA

Estoy loca. He cometido una imprudencia irreparable. Tú sí que estás encantadora con ese atavío campestre. Una Tirsis de pastoral versallesca; por supuesto, con ese traje no correrás mucho por esos campos; lo que me indica que en el campo y en París tu vida es la misma. ¿Es verdad que tu primo Rodrigo está aquí desterrado porque madame du Barry coqueteaba con él más de lo conveniente?

ROSALINDA

No hay tal cosa.

CELIA

Me lo dijeron en el último baile de Carnaval. Fué el más lucido de todos. ¡Lástima que ya no asistieras!... Yo me presenté vestida de circasiana; la favorita quiso dar ejemplo de modestia y se disfrazó de vendedora del mercado. Hubo quien dijo que el resto del año era cuando se disfrazaba. No son justos, porque ella tiene una gracia natural para todo, que no hace parecer improvisada su elección. Pero en París se la detesta más cada día; la corte arde en intrigas...

ROSALINDA

Como siempre.

CELIA

Madame du Barry, que es muy avisada, procura congraciarse con la gente eclesiástica; ya sabes que en la corte hay que ampararse de ella para contener a los maldicientes. Es gente de mundo que se contenta con las prácticas exteriores y corre el velo de su absolución sobre las intimidades. De todos modos, creo que el Rey no podrá sostenerla mucho tiempo. Yo no presto atención a lo que se dice, porque me basta con pensar en mis asuntos, de una gravedad terrible, amiga mía... Yo no sé cómo otras mujeres pueden llevar una vida de intrigas sin verse nunca en trance tan apurado. Tú sabes lo poco que yo he dado que hablar; mi exceso de prudencia..., la primera vez, la primera, puedes creerlo, que me decido a permitir galanteos asiduos, doy la preferencia a un loco frenético que será capaz de comprometer mi reputación, ¡quién sabe!..., de matarme.

ROSALINDA

¿Qué dices? El marqués Octavio por fin...

CELIA

El mismo. Yo, que pensaba hallar en él un amigo leal, el confidente necesario a toda mujer distinguida, de sus asuntos sentimentales, de sus pensamientos delicados; yo, que le juzgué el más discreto de los *cavaliere serventi*, el *sigisbeo* modelo, le veo trocarse, apenas obtenida una leve concesión de mi voluntad, en el más celoso enamorado, en el tirano más insoportable; un turco feroz, un español hosco, inquisitorial, que me persigue, me amenaza y, no satisfecho con sus celos, pretende despertar los de mi marido para sumar fuerzas en contra mía. Por fortuna, mi marido no es hombre que se inquieta por insinuaciones malintencionadas; pero tanto podrá decirle... Además, mis criados son otros tantos espías comprados por él a peso de oro; no puedo dar un paso que él ignore; no puedo enviar una carta que él no sorprenda, y en lo más inocente cree sorprender una clave misteriosa. Mi vida es un continuo sobresalto. Ayer mismo le anuncié mi intención de visitarte, y la escena fué horrible: supuso que yo venía a ver a un amante, que tú favorecías nuestras entrevistas...

ROSALINDA

¿No tiene mejor opinión de mí ese caballero?

CELIA

No lo tomes en cuenta. Está loco. Ante su actitud decidí visitarte sin falta. Me amenazó con decírselo todo a mi marido, con aparecer aquí los dos juntos a sorprenderme...

ROSALINDA

¡Tendría gracia! ¿Y esperas...?

CELIA

Lo espero todo, porque de un loco todo puede espe-

rarse. Pero si se atreviera a presentarse aquí, confío en que tú, mi amiga de toda la vida, le hagas comprender que todo ha concluído: no quiero volver a verle; no volveré a París, no saldré de tu casa hasta que no te haya dado palabra de no perseguirme más, de no pensar en mí nunca.

ROSALINDA

Todo eso es posible si llega solo; ¿pero y si...?

CELIA

No lo creo. Y sentiría que no viniera solo, porque mi marido sería capaz de reconciliarnos.

ROSALINDA

Espera. Oigo voces en el jardín... Los criados disputan con un hombre... ¡Sí, es él!... ¡El marqués Octavio!

CELIA

Le esperaba; le conozco...

ROSALINDA

Recordará que estás en mi casa...

CELIA

No lo sé; conmigo no cuentes; yo perderé el sentido. Es el único medio de no contestarle.

ESCENA X

DICHAS, el MARQUÉS OCTAVIO, PEDRO y MEDORO, deteniéndole. Después RISELA.

OCTAVIO

¡Nadie me estorbe!... ¡Quiero entrar! ¡Tú, no huyas, no! ¡Vengo a matarte, a concluir de una vez!...

CELIA

¡Dios mío! (*Cae desmayada.*)

PEDRO

¡Caballero!...

ROSALINDA

¡Socorro!... ¡Risela!... Caballero (*Entra Risela*), ¡olvidáis quién sois y que estáis en mi casa?

RISELA

¡Señora! (*Acudiendo a Celia.*)

OCTAVIO

Sí, es verdad. ¡Estoy loco! ¡Entrar en vuestra casa como un forajido!... ¡Pero no sabéis...! ¡Quiero a esa mujer con toda mi alma! ¡Se burla de mí sin piedad! ¡No puedo vivir sin ella!

ROSALINDA

¡Ved lo que habéis hecho!

OCTAVIO

(*Arrodillándose junto a Celia.*) ¡No, no, Celia; vuelve en ti; perdóname! ¡Si desde ayer mi vida es un infierno! ¡Pero vuelve en ti..., mírame! ¡Estoy loco, ya lo sé; pero te quiero con toda mi alma, como no se puede querer más!

ROSALINDA

¡Risela, pronto!... ¡Llevala a mi habitación; avisad a un médico!

RISELA

¡Si es fingido, señora!

ROSALINDA

Ya lo sé; pero hay que disimular.

OCTAVIO

¡Celia de mi vida! ¡Celia de mi alma!

RISELA

¿Pero qué especie de loco es éste?

ROSALINDA

Un loco, sí; pero sabe amar. ¡Celia, amiga mía!...

OCTAVIO

(Reponiéndose y saludando a Rosalinda.) ¡Ah, señora! ¡No sé cómo pedir os perdón!...

ROSALINDA

¡Amáis!... ¡Estáis perdonado!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA I

La MARQUESA CELIA y RISELA

RISELA

(Mirando por la ventana.) Sí, pasea por el jardín con mi señora. Ahora desaparecen, se internan en el laberinto; sin duda subirán al *belvédère*...

CELIA

¿De modo que ya se ha tranquilizado?

RISELA

Al parecer. ¡Pero nos ha dado un susto!... Cuando os acostamos en la habitación de mi señora y él esperaba aquí, pesaroso de su arrebató, que recobrarais el sentido para implorar vuestro perdón sin duda, al entrar yo y decirle: «Caballero, la Marquesa, apenas volvió en sí, se arrojó del lecho, compuso su traje precipitadamente, salió corriendo, bajó al jardín, montó en su caballo y, a galope tendido, vuelve a su casa, perjurando que no volverá a veros», ¡no queráis saber cómo se puso! Quiso matarme por no haber estorbado vuestra fuga; increpó

32727

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO